PHILIPP **BAGUS** ANDREAS **MARQUART**

BESTSELLER EN -ALEMANIA-

POR QUÉ OTROS SE HACEN CADA VEZ MÁS RICOS A TU COSTA

...Y QUÉ RESPONSABILIDAD TIENE EL ESTADO Y CÓMO JUEGA CON NUESTRO DINERO

«La tesis de Bagus y Marquart es provocadora, impactante y polémica.»

Del prólogo de **Juan Ramón Rallo**

DEUSTO

Por qué otros se hacen cada vez más ricos a tu costa

...y qué responsabilidad tiene el Estado y cómo juega con nuestro dinero

ANDREAS MARQUART
PHILIPP BAGUS

Traducido por María Dolores Ábalos

EDICIONES DEUSTO

Título original: *Warum andere auf Ihre Kosten immer reicher werden*
Publicado por FinanzBuch Verlag, Muenchner Verlagsgruppe GmbH, Munich, Alemania, 2014

© 2014 Philipp Bagus y Andreas Marquart
© de la traducción María Dolores Ábalos, 2016

© Centro Libros PAPF, S. L. U., 2016
Deusto es un sello editorial de Centro Libros PAPF, S. L. U.
Grupo Planeta
Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Diseño de cubierta: microbiogentleman.com
Ilustración de cubierta: © Simon Carter - Getty Images

ISBN: 978-84-234-2103-9
Depósito legal: B. 5.893-2016
Primera edición: abril de 2016
Preimpresión: Medium
Impreso por Romanyà Valls, S. A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

Prólogo, por Juan Ramón Rallo 11

Por qué este libro es más explosivo que la dinamita 17

1. Por qué el dinero no necesita ningún Estado 23
2. A quién le está permitido crear dinero y a quién no 35
3. Por qué nuestro dinero actual es «socialmente injusto» 50
4. Por qué el dinero del Estado nos arruina económicamente 68
5. Cómo te explota el Estado mediante la inflación 85
6. Lo que hace la inflación con las personas 103
7. A qué conduce que el Estado se inmiscuya en todas partes 121
8. Cómo acabará todo 140
9. Por qué tú nunca habías oído hablar de todo esto 155

Bibliografía 169
Fuentes de internet 171

1

Por qué el dinero no necesita ningún Estado

Lo que los pueblos se han zampado durante décadas ahora lo pagarán pasando hambre durante décadas.

Roland Baader

De entrada queremos acabar con un error muy extendido: ¡El dinero no lo ha inventado nadie ni tampoco ha surgido por un acto creador del Estado! La mayor parte de las personas tiene claro —al menos de manera inconsciente— que el dinero es algo muy importante y, por consiguiente, cree que es bueno que el gobierno controle el sistema monetario. ¡Craso error!

Olvídate por un momento de nuestro *actual* sistema monetario, al que hemos calificado en la introducción de dinero *malo*. En vez de eso, partamos de cero. En primer lugar, vamos a explicarte, con una historia sencilla, *cómo* surgió el dinero en un principio. Porque el origen del dinero revela su naturaleza y, sobre todo, aclara qué es el dinero bueno. Y si entiendes la naturaleza del dinero, sacarás ventaja a la mayor parte de los economistas, por no hablar de los políticos.

Imagínate, por favor, una sociedad *sin* dinero. ¿Cómo se desarrollarían en ella los trueques entre las personas? Retrocedamos en el tiempo y vayamos a una ciudad pequeña (hasta dónde retroceder, lo dejamos a tu imaginación). Conviene que adoptes el papel de uno de los protagonistas de nuestra historieta; así funcionará mejor lo del viaje en el tiempo. Imagínate, pues, que vives en una ciudad pequeña y eres zapatero de profesión. Haces los zapatos más bonitos en muchos kilómetros a la redonda,

pero, por desgracia, no tienes otras dotes. Ni tú ni tu mujer sabéis amasar buen pan. Tampoco poseéis un establo donde criar animales de granja. A tus hijos y, sobre todo, a tu mujer se les envidia por el calzado que llevan. Sin embargo, los zapatos no se pueden comer, y, a veces, tu mujer ha de procurarse comestibles para toda la familia. Ahora bien, como no existe el dinero y sólo podéis ofrecer zapatos como medio de canje, tu mujer se ve obligada a encontrar a un campesino que, casualmente, necesite zapatos y, a cambio, esté dispuesto a darle un saco de patatas o incluso un jamón. Eso puede funcionar alguna que otra vez, pero llegará un momento en que el campesino tendrá el armario repleto de zapatos. Entonces, como muy tarde, le dará a tu mujer con la puerta en las narices cuando ésta intente, una vez más, *cambiar* un par de zapatos por un jamón.

Interrumpamos aquí brevemente el juego de rol. ¿Has notado que hemos usado la palabra *cambiar*? A la gente le falta una especie de *medio de canje*. Y nuestro pequeño ejemplo se complicaría un poco más si hubiéramos añadido otros oficios o profesiones: un carnicero, un herrero, un albañil, un banquero... ¡Alto ahí! Nada de banqueros; aquí no nos hacen ninguna falta. Ahora en serio: ¿en qué medida podrían obtener más beneficios mutuos todas estas personas —las que participan del mercado, a las que llamaremos, para simplificar, «mercaderes»— si tuvieran a su disposición un medio de canje que les permitiera no tener que andar siempre buscando a alguien que precisamente necesitara zapatos o herrar su caballo? A lo mejor ahora estarás pensando en lo práctico que es no tener esos problemas porque contamos con un Estado previsor que nos abastece de dinero. En tal caso, vamos a sacarte de tu error continuando con nuestro juego imaginario.

A las mujeres de nuestra pequeña ciudad les gusta mucho llevar joyas, en especial, alhajas de oro y plata. Es una larga tradición que los hombres regalen objetos de oro a sus mujeres en determinadas ocasiones: cuando nace un hijo, en los cumpleaños o en el aniversario de bodas... si es que no se han vuelto a olvidar de la fecha. *¿Te llama la atención que ciertas cosas parecen no cambiar nunca con el paso del tiempo?*

Las mujeres de la ciudad aprecian esos regalos; saben cuánto tiempo han tenido que trabajar sus maridos, cuántas mercancías han tenido que darle al orfebre para adquirir una sortija, unos pendientes o un collar. Pero el oro no es sólo un símbolo de posición social. Su estética también es indiscutible. El oro tiene un brillo tan bonito... ¿o no? De ahí que en nuestra historia todos consideren las joyas de oro algo valioso. El oro es *apreciado*.

Un buen día —tu mujer, pese a llevar un calzado formidable, se ha vuelto a lastimar los pies de tanto andar para encontrar a alguien que le cambie los zapatos por unas patatas—, se le ocurre a tu esposa una idea innovadora. Ha observado que las pequeñas laminillas de oro se demandan mucho. A menudo se hacen negocios con ellas; enseguida se desprende uno de ellas a cambio de otro artículo. O dicho de otra manera: *el oro es un bien muy vendible*. En todo momento puede venderse a buen precio. Así pues, ¿por qué no vender los zapatos a cambio de laminillas de oro? En lugar de intentar cambiar directamente zapatos por patatas, podría también cambiar indirectamente los zapatos por oro y luego, con el oro, buscar a un vendedor de patatas. Es cierto que entonces tu mujer, en lugar de un cambio (zapatos por patatas), necesitaría hacer dos cambios (zapatos por oro y oro por patatas), pero, con todo, ganaría un valioso tiempo y podría acceder a las patatas incluso de manera más favorable. Tu mujer se atreve a poner en práctica su iniciativa. Quizá fracase en el intento y no encuentre a nadie que quiera cambiarle zapatos por oro y oro por patatas.

Supongamos, sin embargo, que tu mujer triunfa. Ahora accede más aprisa y más favorablemente a las patatas. Gracias al cambio indirecto y al oro como medio de canje. La innovación ha sido un éxito. A partir de ahora, tu esposa adoptará esta estrategia de utilizar el medio de canje en todas las empresas que acometa. Se esforzará por conseguir laminillas de oro para canjearlas. A causa de la demanda adicional, el oro se vende con más facilidad todavía. Pero no será sólo tu mujer la que repita este comportamiento que tanto éxito le ha reportado; otros la copiarán.

Porque en la próxima merienda, tu mujer les hablará a sus amigas de ese cambio de «oro por patatas». Y quiere la casualidad que ese día también asista a la reunión la mujer del campe-

sino, que, a su vez, tiene algo interesante que contar. Su marido, con el oro que ha obtenido al hacer el cambio con tu esposa, junto con otra cantidad de oro que ella le había dado de su joyero, le ha comprado un arado nuevo al herrero. El negocio ha resultado mucho más sencillo que otras veces. Porque, normalmente, el herrero, de los trueques que hacía con los campesinos, acumulaba tantas provisiones de patatas y jamón en la despensa que, en realidad, ya no necesitaba más y, por lo tanto, no tenía el menor interés en hacer arados para los campesinos.

En nuestra pequeña ciudad corre enseguida la voz sobre el *nuevo* método de cambio. Poco a poco, la gente va dejando de cambiar directamente una mercancía por otra y va utilizando cada vez con mayor frecuencia el oro como medio de canje. De este modo, el oro es cada vez más vendible, es decir, es más «líquido». Se va transformando en un medio de canje cada vez mejor porque cada vez hay más mercaderes que lo demandan y lo utilizan. La gente percibe que todos se benefician de él. Ahora les resulta más fácil cooperar, y se fomenta la división del trabajo. Cada cual puede concentrarse más en sus capacidades, y las cosas para las que antes no había encontrado quien se las cambiara ya no tiene que hacerlas él mismo laboriosamente, ni tampoco debe llevar a cabo él solo todas las tareas. Ahora todos pueden valerse de las facultades de otros con más facilidad que en el pasado. Antes, eso sólo se lograba si otra persona necesitaba exactamente la mercancía o la prestación del servicio que en aquel momento se le pudiera ofrecer. La división del trabajo puede extenderse de manera considerable en beneficio de todos.

El sistema monetario, pues, no sólo es importante porque su manipulación puede trastornar dramáticamente los bienes y el plan de vida de las personas y porque, como demostró la hiperinflación de la República de Weimar, al desplomarse el sistema monetario puede hundirse la sociedad, sino también porque, sin dinero, nuestra economía, que es complejísima y se basa en la división del trabajo, no se podría sostener. Esa división del trabajo permite una enorme productividad que, a su vez, hace posible alimentar a siete mil millones de personas. Sin dinero no podría tener lugar la mayor parte de nuestro actual volumen de cambio,

al desaparecer la división del trabajo y aumentar, por necesidad, la autoproducción. La pérdida de productividad y bienestar sería inimaginable. Probablemente, sin dinero moriría la mayor parte de la humanidad. La aparición del dinero, un medio de canje que cuenta con la aceptación general, posibilita que surjan sociedades complejas, con división del trabajo y cierto acomodo. O dicho de otra manera: sin dinero no hay civilización.

Por esa razón, nosotros, que hemos ayudado a crear el dinero, deberíamos celebrarlo como héroes. *Sí, exactamente, tu mujer es una heroína*. ¿Estamos de acuerdo en poder decir que en nuestra pequeña ciudad acaba de aparecer el *dinero*? ¿Y te has fijado en que aquí no ha participado *ningún* Estado y *ningún* gobierno ha dictado una ley para que el oro se convierta en dinero? El dinero ha surgido porque los mercaderes, los que querían comerciar entre sí, se han dado cuenta de lo útil que es para ellos. Y sin embargo, no han colaborado de manera consciente para que surja el dinero. Sencillamente, con el oro como medio de canje podían alcanzar mejor sus objetivos personales. Y como todos usaban el mismo medio de canje —es decir, el oro—, éste llegó a ser *más* útil todavía.

Así pues, el dinero tiene una función principal: servir como medio de canje. Al mismo tiempo, desempeña otras funciones, a saber, la de conservar el valor y ser unidad de cuenta. Pero el dinero sólo puede cumplir la función de mantener el poder adquisitivo y trasladarlo al futuro si su valor es estable. Porque entre el momento en que tu mujer vende los zapatos a cambio de oro y el momento en que utiliza el oro para sus compras pasan días, semanas o quizá meses. Tu mujer ha optado por las laminillas de oro, entre otras cosas, porque suponía que éstas, en ese crítico intervalo de tiempo, conservarían su valor. Por regla general, la facilidad de venta y la estabilidad del valor van de la mano. El oro se utilizó con tanta frecuencia para comerciar porque su valor era estable. Y su frecuente uso para el comercio lo hizo aún más estable.

Un orden monetario que surge de manera natural, es decir, sin la menor intervención del Estado ni del gobierno, se denomina comúnmente *orden monetario de la economía de mercado*.

Dicho orden tiene lugar sin presión estatal. Los mercaderes se ponen de acuerdo *voluntariamente* sobre un dinero determinado o también sobre varios tipos de dinero que luego se usan de manera simultánea. A lo largo de la historia, éstos eran casi siempre el oro, la plata o también el cobre. Seguro que alguna vez has visto en un museo monedas antiguas acuñadas mucho antes del nacimiento de Cristo. Si por aquel entonces se hubiera utilizado papel moneda, los estragos del tiempo no habrían dejado el menor rastro. Y de haber quedado algo, en todo caso sólo tendría un valor histórico. Numerosas reformas monetarias habrían bajado a cero el valor de los billetes como medio de canje.

Ahora bien, ¿cuál es la razón por la que, a lo largo de milenios, las personas siempre han elegido, una y otra vez, metales preciosos a modo de dinero cuando no se les ha obligado a utilizar dinero estatal? Si retrocedemos en el tiempo y contemplamos el dinero mercancía, comprobaremos que ese dinero, en algún momento, dejó de ser dinero y pasó a ser, simplemente, mercancía. Y como con esa mercancía *se comerciaba con frecuencia*, igual que en nuestra historia, esa mercancía, de repente, se convirtió en *dinero o dinero mercancía*, sin ninguna autoridad estatal.

Pero ¿qué caracteriza a ese dinero, al que llamaremos *dinero bueno*? ¿Por qué precisamente oro o plata? Muy sencillo: los metales preciosos son escasos, fraccionables, homogéneos, baratos de transportar y conservar, relativamente fáciles de reconocer en cuanto a su contenido —seguro que en las películas del Oeste has visto el famoso mordisco a la moneda de oro—, y de enorme consistencia; además, se demandan de continuo y, sobre todo, no se pueden reproducir a voluntad.

En una economía en la que haya dinero bueno —supongamos que sea oro—, la masa monetaria sólo aumentará si se añade *más oro*. Y éste sólo se puede —y siempre ha sido así— extraer del suelo con mucho esfuerzo. La gran ventaja del oro es que la cantidad de oro extraída en la historia de la humanidad es, en relación con la nueva producción, enorme. A diferencia de otras mercancías, como el trigo, la cantidad extraída anualmente no se consume, sino que se acumula. En los últimos ciento cincuenta años, la cantidad de oro extraída al año en todo el mundo ha

aumentado aproximadamente un 2 por ciento. Eso no es mucho, y esta tasa de crecimiento, además, se mantiene bastante constante. En cambio, lo que no es constante es la tasa a la que crece la masa monetaria en nuestro sistema monetario *actual*. Después de la introducción del euro, ha habido años en los que, según informes del Banco Central Europeo, la masa monetaria M3 ha aumentado con una tasa anual... ¡del 12 por ciento! La masa monetaria M3 es la más extendida; además del dinero en efectivo y los depósitos bancarios, abarca las obligaciones bancarias y valores negociables en el mercado monetario de hasta dos años de plazo de vencimiento. Que estas tasas de crecimiento tan altas del poder adquisitivo de nuestro dinero, es decir, también de *su* poder adquisitivo, no son convenientes, es algo que usted se puede imaginar. Pero sobre ello hablaremos más adelante.

Creemos que ha quedado claro qué se entiende por dinero bueno. Y seguro que ya lo has intuido: si hay *dinero bueno*, habrá también, probablemente, *dinero malo*.

Démosle ahora la palabra a alguien que debería entender de dinero, pues, al fin y al cabo, es el presidente del Deutsche Bundesbank: Jens Weidmann. En un discurso que suscitó mucho interés, pronunciado en septiembre de 2012, dijo lo siguiente:

> Sin embargo, ese dinero que llevamos encima en forma de billetes y monedas *[se refería al euro;* n. de los a.*]* ya no tiene nada que ver con el dinero mercancía. El vínculo con las reservas de oro ya no existe desde que, en el año 1971, se suprimió la vinculación del dólar con el oro. Dicho brevemente: el dinero actual ya no está cubierto por ninguna clase de valores reales. Los billetes de banco son papel impreso —los expertos sabrán que en el caso del euro, en realidad, se trata de algodón—, y las monedas son metal acuñado. Que los billetes de banco y las monedas sean aceptados en la vida diaria como medio de pago tiene que ver con que son el único medio de pago legal. A fin de cuentas, la aceptación del papel moneda se basa primordialmente en que la población confía en poder hacer compras de nuevo con el papel moneda recibido.

Bien claro lo dice. Tú mismo lo has leído: «*[...] ya no tiene nada que ver con el dinero mercancía [...] no está cubierto por*

ninguna clase de valores reales [...] se basa en que la población confía [...]».

Es curioso, ¿no? El presidente del Deutsche Bundesbank reconoce abiertamente que detrás de nuestro dinero no se oculta ningún valor real y su valor sólo se basa en la confianza.

¿Recuerdas cuando en el otoño de 2008 el banco Hypo Real Estate amenazó con quebrar? La gente empezó a perder la *confianza* en el sistema monetario. La canciller alemana Angela Merkel y su ministro de Finanzas por aquel entonces, Peer Steinbrück, se vieron obligados a darles a los alemanes una garantía para sus depósitos de ahorro, pues algunos habían comenzado ya a retirar su dinero del banco. Las palabras textuales de la canciller fueron: «*Decimos a las ahorradoras y los ahorradores que sus depósitos están seguros*».

¿Qué clase de dinero es ése para que los políticos tengan que darle una garantía? La respuesta es sencilla: *dinero malo*. Y la contestación a la siguiente pregunta puedes darla tú mismo sin la menor vacilación. ¿Crees que el dinero bueno o dinero mercancía debe necesitar la garantía de un político? Nosotros creemos que no con total certeza.

El dinero que usamos actualmente, el que tenemos que usar, es dinero malo y no se basa en el acuerdo voluntario de las personas. Nuestro sistema monetario es un mero sistema de papel moneda. Por cierto, mientras tanto, todas las monedas del mundo son pura moneda de papel. El último vínculo del dinero con el oro se disolvió en el año 1971, cuando Richard Nixon, entonces presidente de Estados Unidos, suprimió de la noche a la mañana la canjeabilidad de 35 dólares por una onza de oro. Con motivo del creciente endeudamiento del país, provocado, sobre todo, por la guerra de Vietnam, aumentó la desconfianza en el dólar, haciendo que los estadounidenses sacaran cada vez más oro de las cajas de caudales. Para evitarlo, al gobierno no le quedó más opción que suprimir la convertibilidad del dólar. Otra alternativa habría sido, sin duda, intentar recuperar la confianza reduciendo el gasto público. Pero el verdadero *ahorro* es muy impopular entre los Estados y los gobiernos. Al fin y al cabo, es mucho más agradable distribuir dinero ajeno

(impuestos) que decirles a los perceptores: ¡A partir de ahora habrá menos!

Pero volvamos a nuestro asunto. Así pues, el Estado posee la «soberanía» del dinero, el monopolio de la producción monetaria. Y los monopolios son malos; en todo caso, para el consumidor, no para el monopolista. Si se tratara de cualquier otro producto, los consumidores se quejarían de la posición de monopolio de un fabricante. En el caso de nuestro dinero, no lo hace nadie. ¿Por qué no? Sinceramente, ¿te has preguntado alguna vez por qué el Estado es responsable de nuestro dinero? ¿A que no? Cuando a los ciudadanos se les pregunta por la confianza que les merecen los políticos, los resultados, por regla general, son horribles... en todo caso, para nuestros políticos. Según una encuesta realizada por el EMNID en agosto de 2013, casi dos tercios de los alemanes no tienen confianza en los políticos. Es curioso que se atribuya la responsabilidad de nuestro dinero precisamente a este grupo profesional. Diríase que se trata de una pequeña esquizofrenia: no tenemos confianza en los políticos, pero sí en que nos den dinero como es debido. Y cuando sobreviene una crisis y empezamos a perder la confianza en el dinero, nos fiamos de lo que dicen: que los depósitos de ahorro son seguros. Sin comentarios.

Hoy en día, somos capaces de hacer proezas tecnológicas poco menos que increíbles. Enviamos sondas robóticas a Marte y casi todos vamos por ahí luciendo un teléfono inteligente con el que podemos mandar una foto a la otra punta del mundo en un santiamén. Nuestros médicos trasplantan corazones de donantes con toda normalidad, y por internet encargamos con un solo clic de ratón cosas que, gracias a unos magistrales sistemas logísticos, se nos entregan al día siguiente a la puerta de casa.

Quizá haya también cierta resignación por nuestra parte, pero en lo que atañe al dinero parece que, por regla general, desconectamos el cerebro, ni siquiera nos planteamos el asunto y lo dejamos en manos de la política. Es decir, dejamos nuestras finanzas en manos de unas personas que, al parecer, ni siquiera son capaces de construir un aeropuerto dentro de un plazo determinado. Pero eso sí, el asunto del dinero lo dominan a la per-

fección. Es obvio que el funcionamiento de nuestro moderno sistema monetario es todo menos trivial. Además, aparece envuelto intencionadamente en una especie de nebulosa, de manera que el ciudadano normal no sepa a ciencia cierta cómo funciona y, por lo tanto, no lo cuestione. Pero para eso contamos ahora con este libro.

Nadie lo ha formulado con más acierto que Friedrich August von Hayek (1899-1992), discípulo de Mises y premio Nobel, que escribió en la década de 1970 que la historia del manejo del dinero por parte del Estado es una historia incesante de fraude y embuste.

Para que un *sistema monetario* funcione, no es imprescindible que intervenga el Estado. Y que sea necesario e importante tener un medio de pago *legal* es, lisa y llanamente, mentira. Nuestra historia nos ha demostrado de forma concluyente que las personas se ponen de acuerdo por propia voluntad sobre qué quieren usar como dinero. Sólo hay que dejar que lo sigan haciendo.

Tal vez objetes que hoy en día los tiempos han cambiado y una economía moderna necesita dinero nuevo y créditos para poder crecer. Esta afirmación la oímos a menudo en boca de economistas deseosos de dar coba al Estado y al gobierno. También es falsa. Una economía sale adelante con *cualquier* masa monetaria. Más dinero no la enriquece más.

El economista Murray N. Rothbard (1926-1995), por cierto también discípulo de Mises, escribe en su libro *Das Scheingeldsystem. Wie der Staat unser Geld zerstört*:

> ¿Qué pasaría si, de la noche a la mañana, llegara un hada buena a nuestros bolsillos, carteras y cuentas bancarias y duplicara nuestra cantidad de dinero? ¿Seríamos el doble de ricos? Evidentemente, no. Lo que nos hace ricos es la abundancia de bienes, y lo que pone límites a la superabundancia es la escasez de recursos, es decir, de suelo, trabajo y capital. Multiplicando las monedas no se remedia la falta de recursos. Por un momento quizá nos sintamos el doble de ricos, pero, en realidad, sólo estamos diluyendo nuestra oferta de dinero [...] Así como nuevos bienes de consumo o de capital elevan el nivel de vida, el dinero nuevo sólo eleva los precios.

Otro error con el que debemos acabar: cuanto más estable sea el dinero, mejor. ¡Falso! ¿Por qué entonces —quizá objetes ahora— el Banco Central Europeo considera que su cometido es mantener los precios estables? Respondamos con otra pregunta: ¿Por qué el Banco Central impide que bajen los precios? Porque no tenemos nada en contra de que bajen los precios, ¿no? En cambio, el Banco Central sí parece tener algo en contra. ¿Por qué? Porque en un sistema de papel moneda el hecho de que bajen los precios tiene unas repercusiones devastadoras. Las razones las irás conociendo a lo largo de este libro.

Sin duda, el poder adquisitivo del dinero mercancía sería más estable que nuestro actual papel moneda estatal y tendría una tendencia al alza. Pero el poder adquisitivo del dinero mercancía no sería completamente estable. Tendría sus fluctuaciones, ya que guarda una estrecha relación con la fluctuante demanda de dinero. Unas veces la demanda de dinero es más alta y otras, más baja. Reflexiona un momento, por favor: en tiempos de inseguridad económica, la gente querrá guardar más dinero, aumentará la demanda de dinero y, por el contrario, los precios de los bienes descenderán. Esto ocurrirá hasta el momento en que los precios de los bienes vuelvan a considerarse atractivos, se reduzca la incertidumbre y aumente de nuevo la disposición a cambiar dinero por bienes. En las etapas menos inseguras, en cambio, la gente guardará menos dinero, la demanda de dinero disminuirá y los precios de los bienes tendrán una tendencia a subir. Hasta el momento en que se consideren demasiado altos y vuelva a reducirse la disposición a cambiar dinero por bienes. Sólo así pueden desplegar los precios su efecto señalizador. El Banco Central, con el objetivo que se ha trazado de mantener los precios estables, no permite este efecto señalizador. Lo que pretende es crear la apariencia de que los precios son estables para que olvidemos la permanente pérdida de poder adquisitivo que sufre nuestro papel moneda.

Dicho sea de paso, el futuro es *siempre* incierto; unas veces más y otras menos. Sólo por eso es necesario guardar dinero.

Confiamos en que con este primer capítulo ya hayamos conseguido que te replantees lo que dabas por hecho.

Resumen

Si las personas se ponen de acuerdo por propia voluntad, sin la presión estatal, sobre qué mercancía desean utilizar como medio de canje, surge en un proceso competitivo el *dinero bueno*, un medio de canje aceptado por todos. El dinero estatal, que las personas tienen que utilizar por fuerza y cuya cantidad puede alterarse arbitrariamente —en la mayor parte de los casos, se aumenta—, es *dinero malo*. Repitamos las palabras de Friedrich August von Hayek: «La historia del manejo del dinero por parte del Estado es una historia incesante de fraude y embuste». ¡Cuánta razón tenía!